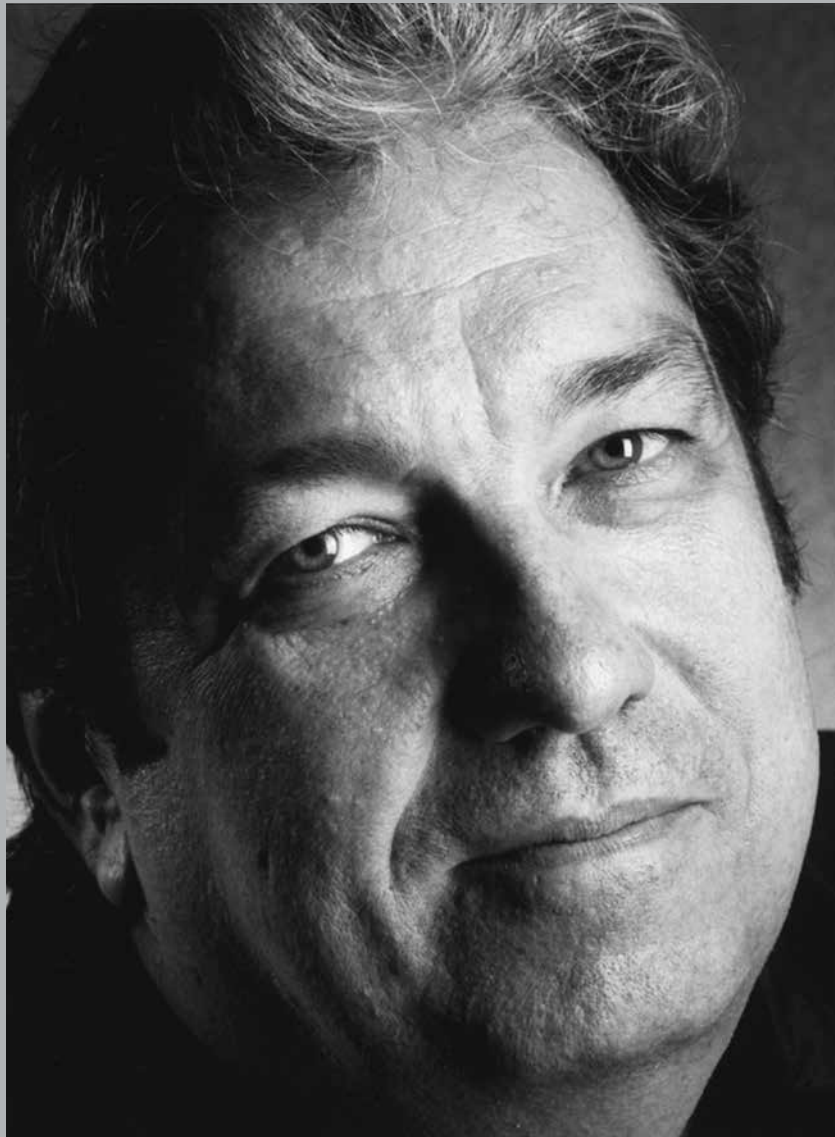


Entre la inquietud y el descontento: *Perros días de amor* de Barry Callaghan

José Antonio González de León

Barry Callaghan. Fotografía: <http://www.openbooktoronto.com/>



*The wound goes into hiding —wears comouflage—
if not adressed*

PERROS DÍAS DE AMOR está formado por la reunión de quince cuentos cortos, seleccionados de entre tres obras publicadas anteriormente por Barry Callaghan. Y el lector se pregunta: ¿qué puede hacer que se publiquen estos cuentos justo ahora? Una respuesta inmediata es que buena parte de la obra, en su mayoría, no ha sido leída por el público de habla española, será por ello la primera vez. La segunda respuesta puede ser que a lo largo de los cuentos reunidos, los personajes y sus circunstancias recrean, metafóricamente, la vida cotidiana de las emociones que dan vida a las noticias en nuestros días. De manera que a pesar de la aparente extraordinariedad de los personajes, presenta la vida tal y como lo puede ser cuando, detrás de los cuerpos, estaba el asiento del tedio producido por el desconsuelo. Esto no será arbitrario en las historias de Callaghan: una de las constantes es que los espacios en los que se desarrollan éstas someten de antemano a los personajes integrándolos plenamente. Las almas de ellos son las almas de los espacios que los dominan.

En el primer cuento, “La reina negra” —que pertenece a los reunidos en *The Black Queen Stories*—, el acoplamiento de la novedad en la vida gay y la inclinación de la pareja por la defensa de sus encantos en las formas más tradicionales de la vida resultará en una extravagancia que logra renovar temporalmente los aspectos más tediosos de la repetición de todos los días. La reina negra en la forma impresa de un timbre de correo aparece, finalmente, después de una espera de años en la tienda de filatelia, en la que han comprado anteriormente una gran parte de su colección. La reina negra, la reina Victoria, la reina de una moral que recorre el siglo XIX, es el símbolo de identidad que sostiene la relación de MacCrae y Hughes. El pensamiento nos lleva entonces a lo sorpresivo que puede ser una idea de moral que se rompe y recompone en otra: un resultado inesperado.

Muy frecuentemente leemos noticias sobre situaciones que derivan hacia condiciones deprimentes de la vida, no porque sean noticias realmente negativas en sí, sino por el efecto que genera la manera en que se presentan. Se nos impide, entonces, superar aquello que nos deprime saber. Y ese efecto se produce porque la noticia es empaquetada y sellada, queda dentro de una caja hermética.

Las alternativas nulifican cualquier intento de aprender de los hechos terribles que son narrados, porque esos hechos se disponen de manera tal que, aunque podamos aprender de ellos para modificarlos o no repetirlos, terminan por ser una condena sin salida y hasta complaciente. No hay margen para reconocer errores que nos dejen ver soluciones. Así, en estas historias todo transcurre como si la vida hubiese sido diseñada para ser lo único que pueda ser, para saber que el destino impuesto a nosotros es absoluto e inamovible. Cuando la noticia es expresada sólo por su mirada exterior, narrada meramente, se hace frívola y permite que se haga

referencia a lo que se observa como cotidiano y universal; las salidas están cerradas, no hay nada extraordinario que pueda salvarse en lo recurrente.

En “Un beso es siempre un beso”, los personajes se trenzan desde un desdén primario y van creciendo, variando por las tonalidades. Los personajes viven en esos tonos bajos, y la escritura de Callaghan es así. Además, en todos los objetos que aparecen, paisajes, colores, insinuaciones nada es realidad, nada es cierto. El cuento se desenvuelve en lo irreal. Pero la sentencia final produce un deleite: “Carajo, la infelicidad es sobrevalorada”.

Los cuentos de Callaghan son la noticia de vidas que duran porque no dejan de flotar en una especie de nada, porque los personajes esperan que lo que les sucede tiene sentido, a pesar de no saber cuál es éste. El tedio está presente a lo largo de la narrativa y en su punto, pero no sucederá algo que pueda transformarse en algo más, algo que pueda encontrar plenitud, que le dé a sus vidas alguna consistencia diferente y siempre se quedará en una espera.

“Crow Jane Blues” es la caminata de una cantante muchos años después de haber vivido su mejor época. Ella recorre un mundo que conoció antes y en el que las imágenes desprendidas de la televisión vuelven a la chica negra en blanca, o su fotografía en el periódico desaparece en puros puntitos cuando es amplificada para ser colgada en la cabecera de su cama. Crow Jane está de regreso, llega a su casa ya de madrugada, reconoce por sus caras a uno que otro, pero la experiencia vivida tiempo atrás, con ellos, ya no está en su memoria, se han convertido en figuras animadas que nada dicen ya.

Callaghan cuenta historias que surgieron de circunstancias creadas a espaldas de los actores, incluso en otros tiempos a los de ellos, como si aparecieran de quién sabe donde, quedando envueltos en dinámicas determinantes. Sí, la lectura produce inquietud, pero el lector desea que sea una inquietud crítica, contrapuesta y negadora de la historia narrada. Por debajo de las historias hay otra noticia que debemos buscar, y el esfuerzo es obligatorio. El escritor crea entonces un misterio inédito si es posible decirlo así.

La vida de Collette, la vida vacía de una joven que regresa a casa después de buscar pero no encontrar en dónde descansar su descontento, es seguir buscando al hombre, al hombre que no existirá. Nacida del mal parto de su madre queda ella y su hermano Simón, huérfanos de madre. Su padre, trabajador del ferrocarril, también había muerto ya y queda en su recuerdo el tendido de los rieles invadidos de hojas y tierra. Todavía el día que éste murió, Collette acercó su oreja a los rieles para tratar de encontrarlo en algún punto de las vibraciones. La vieja que la cuidó de chica, con las uñas y la piel como las del gallo que siempre la acompañó son asesinados por Collette. El gallo por decapitación, la vieja por sostener el ritmo de los golpes del bastón hurtado por Collette y la incapacidad de sostener la velocidad de movimiento de la silla en la que estaba sentada. Collette es “un terrible descontento” y eterno sembrado en la planicie de su pueblo.



Perros días de amor y otros cuentos
Barry Callaghan
Selección, prólogo y coordinación
de Mónica Lavín
México, UAM, 2014, 231 pp.

Por lo demás, el autor se ubica dentro de un realismo aplastante. Las historias se suceden no solamente en un plano serial, pues en cada imagen hay también una vibración, un ruido permanente que amenaza con disolver la imagen en turno que mantiene una tensión en el lector que, dándose cuenta o no, abre la expectativa de liberación, liberación en sí mismo que es posible sacudir para dar luz a otras circunstancias de vida. En ese aspecto, Callaghan nos convierte en lectores que asumen su responsabilidad cuando nos damos cuenta que hemos sido invadidos por su escritura. En momentos, Callaghan es casi insostenible. Sus cuentos se asemejan a una bola de plastilina gris que alguna vez fue la reunión de barras de colores que se mezclaron.

En “Perros días de amor” aparece Vernon Wilson, el viejo cura. Está también el nuevo cura padre Kukic que no ve de buena manera tener el perro que le han regalado al padre Vernon. Al perro se le nombró Anselmo. Con Anselmo el padre Vernon podrá vivir plenamente, dándole al animal el lugar de lo vivo y reconociendo lo muerto que queda en las reliquias. El amor que el perro le muestra al padre Vernon superará la inclinación por infundirle miedo. Eso deja que la vida del sacerdote permanezca en paz.

Las historias son posibles porque en la trama en la que se desenvuelven los espacios acaban manipulando a los personajes, dejándolos sin voluntad: los espacios de estos cuentos imponen los aires, las humedades, los trazos y las horas. Cada historia queda en una sola dimensión, como lo comprobará el lector. Todos los espacios descritos quedan como uno solo con sus habitantes, sus temperaturas.

Quizá lo que Callaghan dice es que perdimos, hace tiempo, los campos que podían hacer de nuestras vidas algo diferente entre una y otras, pero eso es ya imposible. Todo se ha hecho lo mismo. Poder haber sido diferentes entre nosotros queda como un deseo que nos condenó a ser iguales o a estar muy cerca de lo que el otro es. Si los cuentos en este libro son concluyentes, ya nada podemos hacer por nosotros. Las emociones que dan vida en nuestros días hicieron también de los espacios los mismos. Nada afuera y nada adentro nos salvará.

La incapacidad de sentir con plenitud las emociones lleva al extravío de lo que sentimos y disfrazarlas no es una buena táctica, nos impide acercarnos a la construcción de ideas que diferencian lo que sí podemos hacer de aquello que resultará en una mera ociosidad y puede ser el ingreso al sufrimiento. La lectura de Callaghan resulta inquietante. **▲▲**